

# Cómplices o amigos: dos modelos de sociedad en el *Discurso* de Étienne de la Boétie\*

**Manuel Tizziani**

(Universidad Nacional del Litoral)

“Debemos entonces apreciar la oposición de dos formas de sociedad, una en la que la relación es la de la ‘conspiración’ y la otra en la que es la del ‘compañerismo’; una en la que ‘se temen mutuamente’ y la otra en la que ‘se aman mutuamente’; una en la que son ‘amigos’ y la otra en la que son ‘cómplices’. Y, en este momento, más que nunca se aclara el sentido político de la amistad.”

Claude Lefort

## 1. ¿Qué monstruoso vicio es ése?

Siguiendo el análisis que ha hecho Antonio Campillo Meseguer, podríamos afirmar que Étienne de la Boétie abre, junto a Tomás Moro y Nicolás Maquiavelo, el debate político de la modernidad (Campillo Meseguer, 1984:27). Su *Discurso sobre la servidumbre voluntaria*,

redactado entre 1548 y 1553<sup>1</sup>, lo convierte en partícipe directo y actor principal de una discusión en torno a tópicos que posteriormente formarán el nudo medular de toda la filosofía política moderna. Cuestionamientos tales como: ¿por qué debo obedecer a otros?, ¿por qué otros deben dirigir mi destino y regir mi existencia dentro de la sociedad?, ¿cuáles son las razones y los fundamentos por los cuales hay hombres que detentan el poder y otros que se someten al arbitrio de sus amos?, ¿cuál es el origen de dichas divisiones estamentales?, lo posicionan en el centro de la escena, en medio de la discusión acerca del poder, de la obediencia y de los límites de la legítima autoridad. Ahora bien, a diferencia del canciller inglés y del secretario florentino, La Boétie no intentará elucidar cuál de todas las formas de organización estatal existentes ha de ser la más adecuada o útil, ni tampoco ocupará todos sus esfuerzos en imaginar un modo de organización ideal; sino que, yendo al fondo del asunto, cuestionará incluso la existencia

\* Agradezco profundamente a Silvana Carozzi no sólo las atentas correcciones que hiciera al presente trabajo sino, fundamentalmente, el haberme mostrado por primera vez la originalidad del pensamiento de Étienne de la Boétie. A Hernán Apaza, por su parte, debo retribuir sus fructíferos y clarificadores comentarios que me permitirán seguir problematizando muchos de los tópicos que se presentan a lo largo de este artículo.

1) Comúnmente, y en particular a partir de las declaraciones de Montaigne (cfr. *Ensayos*. I.27, pp. 240-263) se ha presumido que La Boétie compuso su *Discurso* hacia el año 1548, en reacción ante las terribles

acciones represivas –conocidas como represiones de la *gabela*– que el gobierno de Enrique II había llevado adelante contra los campesinos que se habían negado a pagar un impuesto a la sal. Sin embargo, existen autores como Pierre Mesnard o Jean Lacouture que ha sostenido que dicha obra no fue compuesta, al menos de manera definitiva, hasta el año 1552 o 1553. Éste último, por su parte, señala que el joven La Boétie habría escrito su *Discurso* indignado ante la ejecución pública de su maestro Anne du Bourg, destacado opositor a la política intolerante llevada a cabo por el rey de Francia.

misma del Estado<sup>2</sup>. A partir de aquí, estructurará toda su reflexión, entendiendo que “la división no es una estructura ontológica de la sociedad y que, en consecuencia, antes de la aparición de la desventura de la división social, había necesariamente, en conformidad con la naturaleza del hombre, una sociedad sin opresión y sin sumisión” (Clastres, 1980:120-121).

En este trabajo nos proponemos reconstruir el camino que el autor del *Discurso* realiza, y esclarecer cuáles son los supuestos básicos que subyacen a toda su crítica radical, siendo nuestro objetivo último mostrar cómo a lo largo de la obra va aflorando y consolidándose una oposición tajante entre dos modelos distintos de sociedad: una basada en la complicidad, la otra en la amistad. La primera, contra natura, estará montada en un resorte secreto de dominación, teniendo como características distintivas a la servidumbre, a la sumisión, a la cobardía y a la complicidad; la otra, en consonancia con la naturaleza propia del hombre, se erigirá en una sociedad sin amos y sin esclavos, en una sociedad de íntegros amigos, teniendo como rasgos distintivos propios a la libertad, a la igualdad y mutuo “entre-conocimiento”<sup>3</sup> de sus integrantes.

Volviendo sobre nuestros pasos, y entrando ya en nuestro análisis, coincidimos nuevamente con Campillo, cuando afirma que:

“Como en el caso de Moro y de Maquiavelo, no se trata de analizar las diferentes formas de Estado, sino de reflexionar sobre la relación entre lo político y lo moral; pero esta reflexión ya no la va a hacer La Boétie desde la perspectiva del gobernante. Lo que

le preocupa no es averiguar si la política ha de supeditarse a la moral o si la moral ha de supeditarse a la política, y en función de ellos cuál ha de ser la mejor forma de gobernar un Estado. Lo que le preocupa no es que unos Estados estén mejor o peor gobernados que otros, sino el hecho mismo de sean gobernados, el hecho de que unos hombres manden y otros obedezcan, es decir, el hecho bruto del poder”. (Campillo Meseguer, 1984:38-39)<sup>4</sup>

Posicionándose, no ya del lado del *Príncipe*, sino del lado del súbdito, La Boétie osará poner en jaque –al menos teóricamente– la estructura misma del naciente Estado moderno, indagando su origen y los mecanismos por medio de los cuales dicha organización social es capaz de mantenerse en pie. En tal sentido, y partiendo de aquella premisa básica antedicha, La Boétie deja en claro desde un inicio cuál es el objetivo que persigue en su obra:

“En esta ocasión no quisiera sino averiguar cómo es posible que tantos hombres, tantas villas, tantas ciudades, tantas naciones aguanten a veces a un solo tirano, que no tiene más poder que el que le dan, que no tiene más capacidad de dañarlos sino en cuanto ellos tienen la capacidad de aguantarlo, no que no podría hacerles mal alguno sino en cuanto ellos prefieren tolerarlo a contradecirlo”. (La Boétie, 1548:42-43)

La Boétie parece estar atónito frente a este absurdo que, a sus ojos, representa la actitud de miles y miles de hombres dispuestos a servir voluntariamente a uno solo,

**2)** Aquí, podríamos hacernos eco de la afirmación de Ángel Cappelletti, quien sostuvo: “Durante mucho tiempo se ha considerado a Étienne de la Boétie como un defensor de la soberanía popular contra la doctrina, corriente en el siglo XVI, del derecho divino de los reyes. Se lo ubicaba así en el partido de la maquiavélicos del Renacimiento. (...) Sin embargo, más que reivindicar el derecho del pueblo a elegir sus gobernantes, Étienne de la Boétie cuestionó la idea misma del gobierno y del Estado; más que un demócrata fue un anarquista. (...) A decir verdad, la libertad política que postula no es la de un Estado de derecho, con representación y control popular, sino más bien una sociedad no dividida entre gobernantes y gobernados. Más que ‘un verdadero clásico de la tradición liberal y democrática’, como lo ve

Vermorel, es un verdadero clásico de la tradición antiestatal y ácrata” (Cappelletti, 1986:55).

**3)** “...instaura el reconocimiento mutuo (o, según el término de La Boétie, ‘el entre-conocimiento’) como forma de conocimiento, más allá de las apariencias” (Lefort, 1980:140).

**4)** En el mismo sentido, encontramos la aseveración de Claude Lefort, quien afirma: “Nos vemos inducidos a pensar que su cuestionamiento es más profundo que aquéllos que suelen debatir los filósofos. Lo es, sin duda, porque no da por supuesto el hecho de la dominación, sino que busca su origen; más aún, considera que cualquier poder separado del pueblo, que se sostiene gracias a su servidumbre, se debe a la misma causa de la tiranía” (Lefort, 1980:145).

habiendo caído presa de un encantamiento, de un tétrico hechizo respecto de este rey –o tirano<sup>5</sup>– que no merece, de acuerdo a su crueldad y ambición, sino el desprecio y la desobediencia. ¿Cómo es posible que ello suceda? ¿Cómo podría explicarse que miles de personas, hombres y mujeres, pudiendo ser libres y vivir fraternalmente, todos en un plano de perfecta igualdad, decidan de manera voluntaria aceptar el yugo y colocarse en esta despreciable situación? ¿Cuál es el motivo por el cual los seres humanos renuncian a su naturaleza y se degradan a sí mismos frente a una autoridad que no posee más poder que aquel que recibe de los oprimidos?

“Pero ¡oh buen Dios! ¿Qué podría ser eso? ¿Cómo diremos que se llama? ¿Qué desgracia es? ¿Qué vicio o, más bien, qué desgraciado vicio? ¡Ver un número infinito de personas que no obedecen sino sirven, que no son gobernadas sino tiranizadas, que no tienen bienes, ni padres, ni mujeres, ni hijos, ni siquiera la propia vida que les pertenezca! (...) ¿Qué monstruoso vicio es, pues, este que ni siquiera merece el nombre de cobardía, que no encuentra palabra suficientemente denigrante, que la naturaleza se niega haber hecho y la lengua se rehúsa a nombrar “. (La Boétie, 1548:44-46)

El autor no puede comprender, mirando directamente el escenario que le presenta su propia sociedad francesa tardo-renacentista, cómo es que miles de personas desean verse sometidas a la voluntad de *uno solo*. De *un rey* que no es un Hércules o un Sansón, sino sólo un hombrecillo común y corriente que no podría sujetarlos por medio de la violencia, si ellos simplemente se negaran a obedecer sus mandatos y caprichos. La Boétie no

**5)** Como bien lo han señalado varios intérpretes de la obra de La Boétie, este autor no hace ninguna distinción entre un príncipe legítimo, preocupado por la felicidad de sus súbditos, y un déspota o tirano, interesado solamente en satisfacer su propia codicia. En su opinión, cualquier ejercicio de poder personal es de por sí antinatural: “Y cuando La Boétie dice ‘tirano’ se refiere, no lo olvidemos, a cualquier forma de gobierno” (Campillo Meseguer, 1984:39); “Si La Boétie no distingue entre la monarquía y la tiranía es precisamente porque las dos son igualmente ilegítimas a sus ojos, no siendo la primera más que un caso especial de la segunda. Por el contrario hay motivo para insistir en su definición de la tiranía, muy original en su época, que no reconoce su objeto en las dos características tradicionales (usurpación del poder y gobierno contra las leyes), sino que la define únicamente por el ejerci-

encuentra palabras para definir ese “monstruoso vicio” que representa la *servidumbre voluntaria*<sup>6</sup>; puesto que no es concebible que la cobardía se extienda hasta esos límites. Como todo otro vicio de nuestra complejidad humana, la cobardía, la ausencia de valentía, posee también una barrera más allá de la cual no puede ir; y si bien es cierto que dos hombres o hasta incluso diez pueden temer la fuerza y la pericia de uno solo, no es verosímil que ese mismo individuo pueda mantener rendidos ante el miedo, en la completa inacción, a cien, a mil, a un millón de personas.

Siguiendo su planteo, podríamos afirmar el carácter insólito y a la vez trágico<sup>7</sup> que posee el hecho de que los hombres, pudiendo elegir vivir en plena independencia, tomen la libre decisión de servir; de someterse vil y voluntariamente al arbitrio de uno: ¿en qué medida, estos seres nacidos para la libertad, no se percatan de que están subvirtiendo su propia naturaleza, su propio modo de ser, su condición humana?

## 2. Libres, iguales y fraternos

En lo anteriormente dicho queda claro, a nuestro juicio, que La Boétie parte de un supuesto fundamental, a saber: que todos los hombres nacen libres; que la naturaleza humana posee el signo distintivo y propio de la libertad<sup>8</sup>. En tal sentido, la libertad no sólo es un componente fundamental de nuestra complejidad sino que además debería ser el bien máspreciado para nosotros, aquel único bien que los seres humanos deberían desear mantener más que ninguno. Según el autor, sin este bien primigenio se nos hace imposible a los hombres y a las mujeres saborear o disfrutar en pleni-

cio del poder personal” (Mesnard, 1956:369).

**6)** Como bien lo ha señalado Claude Lefort: “‘Servidumbre voluntaria’: concepto inconcebible, forjado mediante la unión de dos palabras que repugna a la lengua, para designar un hecho político contra natura” (Lefort, 1980:135).

**7)** “Los hombres (...) pese a ser naturalmente libres e iguales, se someten voluntariamente a ella [a la servidumbre]. La perspectiva de La Boétie no sería, pues, ni optimista ni pesimista, sino más bien trágica” (Campillo Meseguer, 1984:46).

**8)** “Éste es el problema al que se enfrenta el autor: mostrar que la servidumbre no forma parte de la naturaleza humana, y que la libertad es en cambio un rasgo esencial de dicha naturaleza” (Campillo Meseguer, 1984:41).

tud cualquier otro bien que la vida nos presente; si hemos perdido este tesoro fundamental y constituyente de nuestro más profundo ser, hemos dejado, básicamente, de pertenecer al género humano. Nos hemos convertido en menos que bestias, en seres totalmente desnaturalizados, indescriptibles, innombrables:

“Si de todos los seres, el hombre es el “único ser nacido realmente para vivir libre”, si es, por su naturaleza, ser-para-la-libertad, la pérdida de la libertad debería ejercer sus efectos sobre la naturaleza humana misma: el hombre se ha desnaturalizado, por lo tanto debe cambiar de naturaleza. No cabe duda de que no adquiere con ello naturaleza angélica alguna. La desnaturalización se realiza no hacia arriba, sino hacia abajo: es una regresión. (...) Ni ángel ni bestia, ni más acá ni más allá de lo humano, ése es el hombre desnaturalizado. Literalmente, el innombrable”. (Clastres, 1980:123-124)

Ahora bien, vemos por experiencia –insinúa La Boétie– que este deseo de libertad, que debería ser natural y vívido en cada uno de los hombres, se transmuta, muy a nuestro pesar, en su macabro opuesto, esto es, en deseo de servidumbre. ¿Cómo es posible que tal cosa suceda? ¿Cómo es posible que seres nacidos libres arrojen por la borda este bien tan preciado que la naturaleza les ha prescripto, y persigan voluntariamente las cadenas y el yugo? ¿Cuál es la razón por la cual los hombres no alcanzan a ver, obnubilados por la servidumbre, que aún los animales, al ser capturados, muestran a la clara y de manera instintiva, por medio de su resistencia, cuánto aprecian la libertad<sup>9</sup>? Esto es lo que La Boétie no comprende, lo que pretende esclarecer.

Asimismo, anticipándose en más de dos siglos a las reivindicaciones fundamentales de la Revolución Francesa de 1789, La Boétie sostiene que los hombres no sólo nacen libres, sino que, además, todos ellos son engendrados naturalmente de la misma manera, a partir del mismo molde. Siendo iguales por naturaleza, los hombres deberían reconocerse como hermanos; como

piezas de una única y homogénea sociedad fraternal. En tal sentido, una comunidad de seres humanos regida de acuerdo a estos tres principios naturales deberá respetar, a su juicio necesariamente, estos tres valores fundamentales: libertad, igualdad, y fraternidad.

“Mas, en verdad, si hay en la naturaleza algo claro y evidente, donde no es lícito hacerse el ciego, es el hecho de que la naturaleza, ministro de Dios y aya de los hombres, nos ha hecho a todos de la misma forma y, según parece, en el mismo molde, a fin de que nos reconozcamos todos mutuamente como compañeros o, más bien, como hermanos; y si, al hacer el reparto de sus dones, ha concedido algún bien, sea del cuerpo, sea del alma, en mayor cantidad a unos que a otros, no ha pretendido, sin embargo, poner a cada uno en este mundo como en un campo de batalla, ni ha enviado acá abajo a los más fuertes y avisados como bandoleros armados en un bosque para que se traguen a los más débiles, sino que, al contrario, es preciso creer que concediendo a unos partes mayores y a otros menores, quiso dar ocasión al afecto fraterno, a fin de que éste pudiera manifestarse al tener unos el poder de brindar ayuda y otros la necesidad de recibirla”. (La Boétie, 1548:53-54)

Está claro para La Boétie que *nuestra madre naturaleza* nos ha moldeado a todos de la misma manera, con la misma materia y la misma forma substancial; todo ello para que cada *uno* de nosotros sea capaz, si mira atentamente, de reconocerse en el *otro* como un espejo. Y a su juicio, si ese poder superior ha dado a los hombres características físicas e intelectuales diferentes, no lo ha hecho para que los más fuertes o capaces se aprovechen egoístamente de sus dones naturales. Muy por el contrario, esas diferencias accidentales parecen tener el único objetivo de dar ocasión “al afecto fraternal”, para que aquellos más beneficiados tengan la posibilidad, al reconocer a los más débiles como a sus propios hermanos, de procurarles su ayuda y de generar así una sociedad igualitaria. La naturaleza, dice por último La Boétie,

9) En tal sentido, el autor afirma: “Pero, si por acaso llegamos a poner esto en duda y somos tan bastardos como para no poder reconocer nuestros bienes ni, de un modo semejante, nuestros sencillos sentimientos, será preciso que os rinda el honor que (...) haga subir a la

cátedra, por así decirlo, a las bestias, para que os enseñen vuestra naturaleza y condición. Las bestias ¡Dios me ayude!, si los hombres no se hacen demasiado los sordos, les gritan ¡Viva la libertad!” (La Boétie, 1548:55).

al habernos delineado a todos bajo el mismo patrón, muestra sus claras intenciones. Esta buena madre “nos quería no tanto a todos unidos como a todos *uno*” (La Boétie, 1548:54). Como bien dirá Antonio Campillo Meseguer al respecto, la desigualdad no debería engendrar servidumbre y complicidad, sino libertad y amistad:

“Lo más interesante de esto es que La Boétie no deriva la libertad de la identidad sino de la diferencia entre los hombres, no la funda en la igualdad natural sino en la natural desigualdad entre ellos. La desigualdad, nos dice, no conduce a la servidumbre sino a la amistad, al afecto fraternal, al reconocimiento mutuo de los que son y se sienten compañeros. Los hombres, en efecto, son naturalmente libres no porque sean naturalmente iguales sino porque son naturalmente compañeros, hermanos, amigos”. (Campillo Meseguer, 1984:42)

Como apoyo a la interpretación que estamos llevando adelante, podríamos afirmar que ya en este pasaje del texto se ve prefigurada la oposición que La Boétie trazará entre dos modelos distintos de sociedad: entre el *modelo dividido* basado en la complicidad y el *modelo de unión fraternal* basado en la amistad. De acuerdo a nuestra manera de mirar el *Discurso*, a ese *Uno* representado por la figura del tirano, que encandila las miradas de los siervos ignorantes y que genera la complicidad de los ambiciosos y los egoístas, La Boétie opondrá este otro *Uno*<sup>10</sup> conformado por una comunidad de hombres libres e iguales, que al reconocerse mutuamente como amigos, como hermanos, como camaradas, se reconocerán a la vez como seres detentores de los mismos derechos y se conducirán mediante la guía de su recta razón: “Está, según creo, fuera de duda que si viviéramos de acuerdo a los derechos que la naturaleza nos ha dado y a las enseñanzas que nos imparte, seríamos naturalmente obedientes de nuestros padres, súbditos de la razón y siervos de nadie” (La Boétie, 1548:52).

### 3. Siervos, cobardes y supersticiosos

Ahora bien, a pesar de todas las consideraciones que La Boétie realiza en torno a la libertad, la igualdad o la fraternidad, es consciente de que toda su reflexión teórica acerca de estos principios fundamentales que los seres humanos deben respetar contrasta fuertemente con lo que a diario observa en la experiencia. Los hombres no se tratan mutuamente como hermanos, ni como amigos; es más, en la mayoría de los casos ni siquiera se reconocen como posibles compañeros de ruta. Muy por el contrario, continuamente puede constatare cómo los más fuertes, hábiles o inteligentes utilizan esas ventajas naturales para subyugar a los demás, para sacar un provecho personal y lograr una posición de poder y dominio. Ahora bien, más allá de lo penosa e injusta que resulta esa realidad, La Boétie considera que el peor de males que aqueja a los hombres no es el verse sometido, sino el acostumbrarse a ello. Lo realmente trágico es el hecho de que, en su inmensa mayoría, los hombres se han amoldado tanto a dicha desigualdad que incluso han llegado a concebirla como algo natural, como algo dado. Los súbditos no parecen darse cuenta de la desgracia a la que se encuentran sometidos, no parecen notar que ese estado suyo es, parafraseando al autor, más un languidecer que un vivir: “¿Qué mala ventura ha sido la que pudo desnaturalizar tanto al hombre, el único nacido, a decir verdad, para vivir libremente, como para hacerle perder el recuerdo de su ser primero y el deseo de recuperarlo?” (La Boétie, 1548:57).

A partir de ahí, La Boétie se dispondrá a indagar las causas de tal desnaturalización, y a develar cuáles son los mecanismos por medio de los cuales un régimen social dividido tiene su origen y se mantiene con cierta estabilidad a través del tiempo. En tal sentido, podríamos afirmar junto a Pierre Clastres que:

**10)** Según la información que nos brinda Montaigne (*Ensayos*. Y.27, p. 241), ya en el mismo siglo XVI el texto de La Boétie fue rebautizado, a nuestro juicio muy acertadamente, como el *Contra Uno* [*Contr'un*]. En tal sentido, podríamos afirmar que toda la argumentación laboetiana

está dirigida a desenmascarar la falsedad de ese *Uno* que pretende ser el tirano, usurpando el lugar del verdadero *Uno*, esto es, de una sociedad sin amos y sin siervos regida enteramente por el principio de igualdad; en una palabra, de una sociedad de amigos.

“El *Discurso de la servidumbre voluntaria* formula explícitamente dos categorías de preguntas; primera, ¿por qué se produjo la desnaturalización del hombre?, ¿por qué se dio la división de la sociedad y por qué sobrevino la desventura? Segunda, ¿cómo pueden los hombres perseverar en su ser desnaturalizado, cómo puede la desigualdad reproducirse constantemente y cómo puede la desventura perpetuarse hasta el punto de parecer eterna?”. (Clastres, 1980:123)

Siendo breves, podríamos decir que como respuesta al primer tópico, es decir, al sometimiento de los hombres libres, La Boétie, consultando a la historia, encontrará dos razones fundamentales: “Todos los hombres, (...) antes de dejarse sujetar necesitan una de dos, o ser obligados o ser engañados” (La Boétie, 1548:59). Obligados, por ejemplo, por un ejército extranjero que venza e imponga un nuevo régimen de sujeción a un país de hombres libres, como les sucedió a los atenienses cuando su ciudad cayó en manos de las fuerzas de Alejandro, o engañados, como le ocurrió al pueblo de Siracusa, que apremiado por guerras en las que se enfrentaban a los cartagineses, elevó imprudentemente a Dionisio al puesto de jefe supremo del ejército, erigiéndolo en primer tirano.

La respuesta a la segunda pregunta, a saber, ¿cómo una tiranía –entendiendo por tiranía cualquier modelo de división– se mantiene en pie?, será más dilatada y mucho más original; puesto que culminará develando no sólo los mecanismos aparentes y superfluos de los cuales se sirve un régimen para mantener su poderío, sino además, los más oscuros y recónditos resortes del despotismo. Repasaremos primero estas causas aparentes y develaremos, en el próximo apartado, los resortes secretos.

La primera y más importante de las causas que La Boétie parece atribuir al sostenimiento de la tiranía radica en la costumbre, pues, como bien lo había ya enseñado Píndaro, ella se erige en *reina y emperatriz del mundo*, haciendo que los hombres se adecuen a las más diversas formas de vida. La costumbre, afirma

nuestro autor, “tiene un gran poder sobre nosotros, pero en ningún caso posee una fuerza tan grande como en esto de enseñarnos a servir” (La Boétie, 1548:61). Los hombres libres se acostumbran rápidamente a tragar el veneno de la servidumbre sin sentir siquiera la amargura de la ponzoña, o en palabras de un casi estupefacto La Boétie:

“No puede creerse hasta qué punto el pueblo, desde el momento en que está sometido, cae de golpe en tal y tan profundo olvido de la libertad que no es posible que despierte para recobrarla, y sirve tan espontánea y voluntariamente que se diría, al verlo, no que ha perdido su libertad, sino que ha ganado su servidumbre”. (La Boétie, 1548:60-61)

Los hombres sirven a sus amos casi como si estuvieran naturalmente destinados a ello y los súbditos, criados desde su nacimiento en una situación de servidumbre y sumisión, parecen generar una segunda naturaleza que esconde, falsifica y trastoca aquella primigenia<sup>11</sup>. Como afirma Pierre Mesnard:

“El hombre es razonable y libre por naturaleza, ‘pero sigue el hábito que le traza el alimento’, y si el pan del tirano está emponzoñado, no hay veneno que no asimile la costumbre. Estos esclavos habituados aparentan creer que la libertad admite prescripción y lejos de sentir con mayor impaciencia una tiranía prolongada entregan títulos legales a su dueño en la misma duración de su infamia”. (Mesnard, 1956:368)

La segunda causa de la servidumbre posee una relación directa con la primera y depende en gran medida de la astucia de reyes y tiranos. Éstos, conociendo el poder que la crianza y las costumbres adquieren sobre el carácter y el modo de ser de los hombres, instituyen ciertos divertimentos y comodidades en las condiciones de vida que hacen que sus súbditos vayan poco a poco perdiendo el valor y el deseo de rebelión: “La primera

**11)** Intentando, quizás, dar una explicación a esta situación, La Boétie afirma: “No puede negarse que la naturaleza influye en nosotros tanto como para arrastrarnos a donde quiere y para hacer que se nos considere bien o mal nacidos, pero es preciso confesar que tiene sobre nosotros menos poder que la costumbre. (...) Las semillas de bien que

la naturaleza pone en nosotros son tan pequeñas y escurridizas que no pueden tolerar el menor golpe del alimento contrario; no se conservan con tanta facilidad como se desnaturalizan, disuelven y aniquilan” (La Boétie, 1548:62)

razón por la que los hombres sirven voluntariamente es porque nacen siervos y son criados como tales. De ésta se deriva otra: que fácilmente la gente, bajo los tiranos, se vuelve cobarde y afeminada”<sup>12</sup> (La Boétie, 1548:72). Los tiranos conocen bien esto y, como hubo de hacerlo Ciro al apoderarse de la capital de Lidia, establecen burdeles, tabernas, juegos públicos y espectáculos de entretenimiento masivo logrando adormecer el deseo de sus súbditos por la libertad, y –en palabras del autor– “afeminando a su gente”, haciéndola sumisa y cobarde, incapaz de hacer frente a la tiranía: “Es cierto, pues, que junto con la libertad se pierde el coraje” (La Boétie, 1548:73). La cobardía, engendrada por la sujeción, es así la segunda causa aparente de la servidumbre.

Por último, en tercer lugar, la servidumbre encuentra otro apoyo fundamental en la ignorancia de los hombres<sup>13</sup>, quienes casi incapaces de, y poco habituados a, utilizar su propia razón, caen fácilmente en la credulidad y en la superstición. De este modo: “La fe en lo sobrenatural”, sugiere La Boétie anticipándose a sus compatriotas, los iluministas del siglo XVIII, “resulta muchas veces el más sólido sostén de la tiranía y el mejor escudo contra la rebelión” (Cappelletti, 1986:69). Los astutos tiranos, sostiene nuestro autor, dando cuenta de este hecho, y siguiendo el ejemplo de los reyes de Asiria, se rodean de una nube de misterio, inspirando en su abyecta servidumbre, “cierta reverencia y admiración”. Y aún más, para hacer que su reinado sea todavía más sólido muchos “se empeñan en ponerse por delante la religión, como guardia personal y, de ser posible, en tomar algún destello de divinidad para conservar su perversa vida” (La Boétie, 1548:83). En la ignorancia, en la fascinación, en la superstición y en el temor a lo desconocido encontramos la tercera causa que La Boétie atribuye a la servidumbre voluntaria.

**12)** Este juicio nos hace ver cómo aun un librepensador sumamente crítico como La Boétie queda sujeto a algunos de los prejuicios que subyacían a su época –y, cómo obviarlos, también a la nuestra–. Atendiendo a eso, no está de más decir que rechazamos tajantemente, como falsa, cualquier aseveración que implique discriminación de género; equiparando, por ejemplo, la cobardía y la femineidad.

**13)** Siguiendo la interpretación de Pierre Mesnard, podríamos decir que, como buen humanista, La Boétie considera que el conocimiento –fundamentalmente de la cultura clásica– es una herramienta indispensable para liberarnos de las cadenas que nos impone la educación y para ser capaces de mirar más allá de nuestra forma de vida:

#### 4. Cómplices o amigos: develando el resorte secreto

Luego de repasar detalladamente estas posibles causas de las que se sirven los tiranos para subyugar a miles de hombres, La Boétie concluye que tanto la costumbre, como la cobardía o la fascinación no pueden terminar de explicarnos con claridad cómo es que el Estado se mantiene en pie. Considera que todas estas razones quedan cortas, que se muestran como insuficientes:

“Ni la costumbre ni las astucias del tirano (que compra la libertad del pueblo con los bienes que previamente le ha robado, o que le fascina con su apariencia de esplendor, de omnipotencia y de misterio) pueden llegar a explicar el carácter voluntario de la servidumbre. Explican en todo caso, el sometimiento de los débiles y de los necios”. (Campillo Meseguer, 1984:43)

Más allá de su relativa importancia, las causas arriba detalladas no nos sirven, de acuerdo con las palabras del propio La Boétie, más que para explicar cómo los tiranos subyugan a un “pueblo ínfimo y grosero”. Sólo los ignorantes o los débiles de carácter pueden ser sometidos mediante medios tan básicos; no así aquellos hombres que detentan una mayor formación intelectual o un modo de ser más reactivo a la completa obediencia y sujeción.

A partir de esa aclaración y de esa distinción se hace necesario mirar más allá, más a lo profundo, al fondo del asunto, para develar el verdadero secreto de la dominación, para desenmascarar no sólo al tirano –a quien hasta ahora se atribuía toda la responsabilidad de la servidumbre–, sino también a todos sus secretos

“El primer recurso contra estos prestigios es evidentemente el progreso de las luces, del espíritu crítico y los conocimientos históricos, en una palabra, el humanismo. (...) Esto explica por qué los tiranos, halagadores del ‘gran populacho’, se titulan más frecuentemente tribunos del pueblo que protectores de las letras. Nada temen tanto como el estudio y la discusión libre: todo libro y todo sabio les son sospechosos previamente y algunos, como el Gran Turco, llegan incluso a prohibir a sus súbditos toda libertad de hablar ‘y casi de pensar’. Es, por tanto, un deber para los eruditos desenmascarar al tirano y reavivar, al resplandor de las virtudes antiguas, el amor a la libertad” (Mesnard, 1956:373).

cómplices, a los *tiranuelos*. La Boétie, nos invita así a develar el *resorte secreto* de la tiranía:

“Pero ahora llego a un punto que es, a mi manera de ver, resorte y secreto del dominio, sostén y fundamento de la tiranía. (...) No son las bandas de gente de a pie, no son las armas las que defienden al tirano. No se podrá creer a primera vista, pero, en verdad, es cierto que son siempre cuatro o cinco los que mantienen al tirano, cuatro o cinco los que conservan a todo el país en la servidumbre. Siempre ha sucedido que cinco o seis han tenido acceso al tirano y se han aproximado por sí mismos a él o han sido por él llamados, para ser cómplices de sus crueldades, compañeros de sus placeres, alcahuetes de sus lascivias y copartícipes de sus pillajes. (...) Estos seis tienen seiscientos que debajo de ellos lucran, y ellos hacen con sus seiscientos lo que el tirano con sus seis. Estos seiscientos tienen a su vez, seis mil debajo de ellos, a los cuales han elevado y han hecho otorgar el gobierno de las provincias o el manejo del dinero, a fin de tener a mano su avaricia y su crueldad. (...) Grande es el cortejo que viene después y quien quisiera divertirse desenredando esta madeja, verá que no son seis mil, sino cien mil, sino millones los que por medio de esta cuerda están atados al tirano y se valen de la tiranía”. (La Boétie, 1548:87-88)<sup>14</sup>

Se erige así una pirámide de servidumbre, o, en otras palabras, el monumento más espectacular a la corrupción humana. Por esta cadena, por esta cuerda, son miles los que quedan atados a la tiranía esperando a su vez poder sacar algún rédito de esa participación, poder obtener alguna ventaja extra de su actitud colaboracionista: “En suma, se llega a la conclusión de que por los favores o sub-favores, por las ganancias o re-ganancias que se logran con los tiranos, al fin son casi tantos aquellos a quienes la tiranía parece ser provechosa como aquellos a quienes la libertad sería deseable” (La Boé-

tie, 1548:88-89). El tirano se ve apoyado así por una red casi indescifrable de pequeños, codiciosos y avaros tiranuelos. De esta forma, el gran tirano subyuga a unos por medio de otros y termina siendo protegido por casi todos sus siervos, quienes soportan la injusticia con tal de poder perpetrarla ellos mismos. Cada uno de estos hombres, por su avaricia y su ambición, se convierte en un *tiranuelo*, en un ser despreciable que para recibir una pequeña tajada de ese inmenso botín se erige en el cómplice perfecto para aquel déspota al que, en realidad, todo le pertenece: “Los hombres se conforman con sufrir el mal, con tal de poder causarlo, no a quien se lo hace a ellos, sino a quienes, como ellos, lo sufren sin poderlo evitar” (La Boétie. 1548:90).

He aquí un nuevo escenario, una caracterización muy clara de la estructura del poder y de la dominación<sup>15</sup> que nos pone frente a frente con la verdadera causa de la *servidumbre voluntaria*. No es ya la indolencia a la que los súbditos se ven sometidos por costumbre, sino la avaricia y la voluntad de poder de los cómplices la que mantiene en pie toda la estructura: “No debemos ocuparnos, pues, de la inercia sino de la codicia de los hombres” (Mesnard, 1956:375).

Ahora bien, a esta sociedad regida por el vicio y por la corrupción y signada por la avaricia de los hombres, La Boétie opone, finalmente, otra radicalmente diferente: una sociedad en la cual los hombres, viviendo conforme a las leyes que la naturaleza les ha prescrito, se respetan mutuamente y se consideran unos y otros en un plano de perfecta igualdad. Una sociedad en la que las relaciones interpersonales no se realizan a partir de la conveniencia egoísta y utilitaria sino a partir de la más estricta libertad, una sociedad de amigos. Quienes participan en la pirámide de la servidumbre, quienes se hallan ligados a la tiranía no pueden escapar de la lógica de dominación y reproducen en sus relaciones estos vínculos exteriores e inauténticos, supeditados por la mutua explotación. En esa sociedad no hay amistad posible, sino sólo un inmenso espacio para el desprecio, el temor y la

**14)** Como bien señaló Antonio Campillo Meseguer, La Boétie no está describiendo sino la estructura funcional del naciente Estado Moderno: “He aquí, pues, el secreto de la tiranía: el tirano se mantiene porque toda una red de pequeños tiranos le apoyan y a la vez se apoyan en él. Con esa red o cadena ininterrumpida de ministros, jueces, recaudadores, gobernadores, alguaciles, etc., La Boétie no está haciendo sino

describir la naciente maquinaria del Estado Moderno. Lo que sostiene al monarca absoluto es esa compleja maquinaria de hombres dispuestos a obedecerle y a mandar en su nombre” (Campillo Meseguer, 1984:44).

**15)** “La Boétie investiga no como psicólogo, sino como mecánico: se interesa en el funcionamiento de las máquinas sociales” (Clastres, 1980:120).



traición. La amistad, palabra santa tanto para La Boétie como para Montaigne, no puede darse sino entre personas que se respeten mutuamente por su integridad y se reconozcan en un plano de estricta simetría:

“La amistad, que tiene su verdadera fuente en la igualdad, que no quiere cojear nunca y es así siempre pareja. (...) La amistad es palabra sagrada, es cosa santa; nunca se da sino entre gente de bien ni se establece sino gracias a una mutua estima; se conserva no tanto con beneficios sino con una vida buena. Lo que hace que un amigo confíe en el otro es el conocimiento que tiene de su integridad; los garantes que de ellos tiene son su buena naturaleza, la fidelidad y la constancia. No puede haber amistad allí donde hay crueldad, allí donde hay deslealtad, allí donde hay injusticia; y los malvados, cuando se reúnen, constituyen una conspiración, no una compañía; no se aman entre sí sino que entre sí se temen; no son amigos sino cómplices”. (La Boétie, 1548:96)

Los amigos fundan su sociedad en base al conocimiento recíproco, al “entre-conocimiento” por el medio del cual llegan a saberse mutuamente iguales, camaradas, hermanos. Para ello se sirven del lenguaje, de la palabra: ese don natural que la naturaleza nos ha dado a los fines de “unimos, hacemos más hermanos y lograr por la común y mutua transmisión de nuestros pensamientos una comunión entre nuestras voluntades” (La Boétie, 1548:54). Como bien se ha dicho,

“llegamos así al punto en el que lo político y lo moral muestran su irreductibilidad. La lógica del poder es contraria a la lógica de la libertad, la complicidad de los dominadores es contraria al compañerismo de los que se sienten iguales, hermanos, amigos. Y no cabe mediación alguna entre los dos tipos de relación social”. (Campillo Meseguer, 1984:45)

No hay punto intermedio, o se es cómplice de la dominación, participando por acción u omisión de esta cadena infinita de sumisión, o se es un hombre libre, que sabiéndose tal reconoce a los demás como sus iguales, como sus hermanos, como sus amigos.

Llegado el momento de concluir este breve trabajo, podríamos afirmar que el *Discurso sobre la servidumbre voluntaria* de Étienne de la Boétie es un canto a la libertad y una profunda y detenida reflexión acerca del sentido político de la amistad. Asimismo, podríamos aseverar que uno de sus objetivos fundamentales ha sido mostrarles a los cómplices de la tiranía cuán incómoda, antinatural y despreciable es su situación en comparación con aquellos hombres que disfrutaban de la libertad natural y de los bienes de la amistad. En definitiva, creemos que lo que el autor ha intentado mostrarnos con su reflexión puede condensarse, sintéticamente, en las palabras que profirieron aquellos soldados espartanos, respondiendo a un jefe Persa que los instaba a aceptar las dádivas de su rey: “Tú has conocido el favor del rey –le dijeron–, pero de la libertad, qué gusto tiene y cuán dulce es, nada sabes. Pues si la hubieras experimentado, tú mismo nos aconsejarías defenderla, no con la lanza y el escudo, sino con uñas y dientes” (La Boétie, 1548:65).

## Bibliografía

CAMPILLO MESEGUER, A. (1984): “Moro, Maquiavelo, La Boétie: Una lectura comparada”, en revista *Anales de Filosofía*, Vol. II, Universidad de Murcia, Murcia.

CAPPELLETTI, A. (1986): “Étienne de La Boétie y la libertad política”, en *La idea de libertad en el Renacimiento*, Laia, Barcelona.

CLASTRES, P. (1980): “Libertad, desventura, innombrable”, en La Boétie, E.: *Discurso de la servidumbre voluntaria*, Tusquets, Barcelona.

LA BOÉTIE, E. (1968 [1548]): *Discurso sobre la servidumbre voluntaria*, Estudios Sociales, Rosario.

LEFORT, C. (1980): “El nombre de Uno”, en La Boétie, E.: *Discurso de la servidumbre voluntaria*, Tusquets, Barcelona.

LEROUX, P. (1980): “El ‘Contra Uno’ de Étienne de la Boétie”, en La Boétie, E.: *Discurso de la servidumbre voluntaria*, Tusquets, Barcelona.

MESNARD, P. (1956): “La Boétie, crítico de la tiranía”, en *El desarrollo de la Filosofía Política en el siglo XVI*, Universidad de Puerto Rico, México.

MONTAIGNE (1968): *Ensayos*, Grupo Editor de Estudios Sociales, Rosario.